

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

**RAZONES  
PARA ORAR**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2013

Primera reimpresión: 2013

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2008  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563  
ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1670-6  
Depósito legal: S. 170-2013  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprime: Gráficas Varona S.A.

# LA ESPELEOLOGÍA DEL ALMA

En los días en que se celebraba el quinto centenario del nacimiento de Ignacio de Loyola me decidí a leer la estupenda biografía que sobre él publicó otro vasco: José Ignacio Tellechea<sup>1</sup>. Y me he detenido especialmente en los días de la conversión de Ignacio, los días en que practicó eso que Tellechea llama «la espeleología del espíritu», ese «deporte» que tanto necesitamos y tan poco practicamos todos.

La verdad es que, de todos los viajes que un hombre tiene obligación de hacer, el más importante es, sin duda, el que nos conduce al interior de nuestro corazón. Un viaje a la vez corto y larguísimo, fácil y difícilísimo, cómodo y arriesgado. Porque pocas simas más profundas y oscuras que las de nuestra propia alma.

Por eso la mayoría de los humanos prefiere simplemente vivir, resbalarse por la vida, antes que atreverse a descubrir quiénes somos verdaderamente. Porque ¡cuántos chascos nos llevaríamos si nos atreviésemos a descender a nuestro interior con una linterna y un espejo!

El primer chasco que Ignacio se llevó cuando una bala de cañón quebró sus piernas y le obligó a perma-

1. J. I. Tellechea, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Sígueme, Salamanca 1990.

necer muchas semanas inmóvil, es que llevaba treinta años en los que no había hecho otra cosa más que huir de sí mismo. Huir, eso que, según su visión caballeresca de la vida, era la mayor de las infamias. Y, sin embargo, no había hecho otra cosa en sus años mozos: olvidarse de lo mejor de su alma, vivir dedicado a valores que ahora le parecían humo, arrastrar una existencia vacía, tener anquilosada y dormida la fe. Sólo ahora lo entendió. Había sido realmente, como muchos siglos antes que él dijera san Agustín, un empecinado «fugitivo de su propio corazón».

Y ¿quién de nosotros no tendría que decir de sí mismo otro tanto, lo mismo en lo humano que en lo divino? Si alguien ahora pesara y midiera nuestras vidas –tantas docenas de años, tantos centenares de meses, millares de semanas y decenas de millares de días–, ¿cuántos de ellos considerarían vivos y cuántos otros simple hojarasca, tiempo mal gastado y perdido? Muchos de nosotros –seamos sinceros– tal vez hemos llegado a los treinta, a los cincuenta años, sin aclararnos siquiera quiénes somos, adónde vamos. Y si tuviéramos claras esas respuestas, ¿cuántas de nuestras horas habrían sido coherentes con esa dirección?

Ignacio, por fortuna para él, se dio cuenta a los treinta años de que hasta entonces no había vivido, y con ese coraje que era tan propio suyo, decidió dar un giro a su propia existencia y redimirse a sí mismo. ¿Cómo lo hizo? Tellechea nos contesta: «Rescatando las mínimas parcelas intactas de sí mismo, reforzándolas y orientando en nueva dirección energías no extinguidas de su es-

píritu: reestructurando la esfera de los *noes* al impulso avasallador de un nuevo *sí*».

Efectivamente, en todo hombre (y en toda mujer), por desastrada y vacía que hubiera sido su vida, siempre habrá quedado parcelas intactas de su verdad, esquivras positivas de su fe o de sus entusiasmos. Y es sobre ellas donde hay que reconstruir. Despertarlas, reforzarlas y, sobre todo, orientarlas en la nueva dirección que hemos descubierto. No se trata de destruir la propia naturaleza; de lo que se trata es de conducir esa naturaleza que hasta ahora sirvió a los *noes*, es decir, al vacío, a la mediocridad, hacia un nuevo valor positivo, poniendo en él eso que san Ignacio llamaba «una determinación determinada», un nuevo impulso avasallador.

Y ¿dónde está esa fuerza? En Dios y dentro de nosotros, a la vez. Porque, evidentemente, toda reconstrucción del alma empieza por dentro. «El primer paso —decía Bernanos— se da hacia dentro y en silencio, en ese silencio interior que la juventud teme o desdeña». Nadie nos suplirá en esa batalla, ni Dios mismo. Pues Dios —como escribió Alexis Carrel— «no habla al hombre hasta que éste no ha logrado establecer la calma en sí mismo». Porque Dios ayuda al hombre, pero no lo suplanta. Al final todo será obra suya, pero los primeros pasos son exclusivamente nuestros.

Luego todo va siendo progresivamente más fácil. Lo describió hace muchísimos siglos otro converso, san Cipriano de Cartago: «Cuando el segundo nacimiento hubo restaurado en mí al hombre nuevo, se opera en mí un extraño cambio: las dudas se aclaran, las barreras

caen, las tinieblas se iluminan. Lo que yo juzgaba imposible puede cumplirse. Esta es la obra de Dios. Sí, de Dios. Todo lo que podemos viene de Dios. Nacer de nuevo, abandonar la vieja carne para vigorizarla al contacto con el agua salvadora, cambiar de alma y de mentalidad, y eso sin perder la propia identidad... ¡Imposible –decía yo– tal trueque! Imposible abandonar todo lo que, nacido en mí, se ha instalado ahí como en su propia casa, ni nada de lo que, venido de fuera, ha echado raíces en mi propio ser».

Y, sin embargo, es posible. Lo fue en Cipriano, lo fue en Ignacio, lo será en todo el que un día se decida a construirse un alma nueva en lugar de la dormida que tal vez ha tenido hasta ahora. No será fácil. Los espeleólogos saben que no se desciende al fondo de la tierra sin dejarse trozos de piel de las rodillas en la aventura. Y la espeleología del alma no es más fácil que la deportiva. Pero bien vale la pena bajar al fondo de nosotros mismos para regresar con un ramo de trozos de nuestra alma.

## ÍNDICE GENERAL

La espeleología del alma .....	7
Cuaderno de la sencillez .....	11
Sólo semillas .....	15
Sólo un paso .....	19
El hierro y el imán .....	23
La cara soleada .....	27
El padrenuestro de Dios .....	31
El día en que descubrí el silencio .....	35
Los espacios verdes .....	39
Oración para pedir el buen humor .....	45
El arco iris de la abuela .....	49
Silencio sobre lo esencial .....	53
Carta a Dios .....	57
La piedra filosofal .....	63
El padre enfermo .....	67
Una niña da gracias .....	69
Oración a María de un hijo agradecido .....	73
Las causas de la melancolía .....	77
El gran silencio .....	81

Los que no servimos para nada .....	87
El sol de la vejez .....	91
El mundo es ruidoso y mudo .....	95
La sordera de Dios .....	99
La pasión del hombre de hoy .....	103
Pascua, camino de la luz .....	123
Vía lucis, camino de la luz .....	133
<i>Origen de los textos</i> .....	155